

2010: de la crisis de dominio a la organización independiente

Sergio Rodríguez Lascano

Cuando se escriba la historia del gobierno de Felipe Calderón, sin lugar a dudas, se recordará el año 2010 como el de la develación de una crisis de dominio que se había venido incubando desde 1994. Metido en la trampa de una guerra que ya ha dado como resultado la escalofriante cifra de 30 mil mexicanos muertos, de los cuales mil 400 son menores de edad, con el único objetivo de servir al amo demandante del norte, ahora ya no quiere queso sino salir de la ratonera.

El Estado nacional populista dio paso a un Estado de excepción donde el objetivo ilusorio es presentar en una forma legal lo que no tiene ni un atisbo de legalidad. El viejo Estado de derecho, ya de por sí bastante poco democrático, ha sido echo a un lado por mecanismos excepcionales con los que se gobierna como si se fuera una fuerza beligerante.

El Estado social, objetivo último de todo Estado, siempre fue una asignatura pendiente, sin embargo, es indudable que en medio de la corrupción priísta había ciertos mecanismos de distribución del ingreso (en última instancia ahí se ubica el quid del programa de Andrés Manuel López Obrador). Ahora el Estado se muestra como agente de barandilla de Ministerio Público. Todas las leyes que instauró y las que se están discutiendo en las cámaras de Senadores y Diputados, no son otra cosa que leyes de excepción que conculcan las garantías individuales y que le dan ese carácter beligerante al Estado.

En la práctica, las peticiones de instauración de un Estado de emergencia o de sitio, no son sino la conclusión práctica de algo que sucede todos los días, a todas horas. Los retenes militares o policíacos que hace unos años sólo se vivían en Chiapas, ahora son asunto del diario en todo el país, en especial, en el hasta hace algunos años “industrioso norte mexicano”. La agresión a la población civil dejó de ser algo que era “patrimonio” de los chiapanecos para pasar a ser pesadilla nacional, como lo demuestran los muertos en los retenes militares o los jóvenes que fueron asesinados por celebrar una fiesta o los pueblos arrasados bajo el pretexto de buscar a un jefe del narcotráfico.

Tierra arrasada es la imagen con la que acaba el año 2010. Tierra arrasada en Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, Michoacán, La Huasteca, Sinaloa, Sonora, Baja California, Guanajuato, Guerrero. La idea que está atrás es sencilla: acabar con toda ciudadanía, acabar con los lazos comunitarios, acabar con la solidaridad humana, todo bajo un pretexto: “guerra al narco” y nadie puede saber qué es exactamente lo que está pasando. Los diversos gobiernos mexicanos no son instancias con el crédito suficiente para ser creídos.

No sabemos nada de esa guerra, pero sí sabemos de la que se le ha declarado al pueblo de México. Una guerra sin cuartel en la que es obligación creer en las mentiras del Estado de excepción. Donde es ley confiar en las leyes que violan las anteriores leyes. Donde los tres poderes de la Unión son cómplices de ese proceso en que se instaura y se hace ley el gobierno sin ley.

En ésta, la otra guerra, o lo que nosotros llamaríamos la verdadera guerra del poder, se busca instaurar el pánico o el miedo como elementos paralizadores para evitar una respuesta. Por eso se le dispara a un joven en Ciudad Juárez que iba en una marcha de protesta. La idea es nítida: “si protestas te mato”. Por eso se asesina a una madre de familia a las puertas del palacio de gobierno en Chihuahua, por el único delito de pedir justicia. “Casualmente”, ese día no había ningún policía a las afueras del palacio de gobierno. O se sabe —porque un migrante lo informó— de una matanza de 70 centroamericanos y luego del secuestro de más de 40 en Oaxaca, y el Estado está ausente, incluso se indigna por una nota diplomática del gobierno de El Salvador, bastante comedida, y sigue sin hacer nada. Impávido observa cómo miles de migrantes de pueblos hermanos son asesinados, secuestrados y sobornados por sectores desconocidos por la población, pero aliados de los policías locales o federales o del ejército.

Oculto bajo una política de seguridad, hace de ésta el pretexto de la violencia. Cada vez que se invoca la seguridad se hace como coartada para llamar a la violencia. Política de seguridad y violencia son así hermanas siamesas que tienen como objetivo a la población.

No obstante, no hay ninguna política que no tenga sus razones o explicaciones. No se trata simplemente de un puñado de estúpidos jugando en un tablero estratégico nacional. Es muy probable que no sean ellos los que tengan un objetivo preciso en lo que se está haciendo, pero no tengo la menor duda de que existe alguien que está buscando sacar jugo a la situación actual.

No creo que sea un problema de la clase política, ella está más perdida que cualquier otro sector. Su supina ignorancia le impide darse cuenta realmente de hacia dónde se dirige el bote. Lo peor es que piensan que sí lo saben, confían en que el proceso todavía está en sus manos y no se percatan que hace años que esa situación cambió y que ahora no sólo no controlan el timón, sino que les compraron un timón de mentiras que se pelean encarnizadamente entre ellos para ver quién lo posee, mientras los hombres del dinero y los agentes del vecino país del norte ríen ante tal desfiguro.

La claridad de la clase política en su conjunto, incluido ahí su denostador formal, aunque aspirante-suspirante al timoncito de juguete, es directamente proporcional a su prestigio entre la ciudadanía.

Los señores del dinero creen que tienen una claridad mayor, sin embargo, hartos de la actual clase política de la cual ya perciben su ilegitimidad



no saben qué hacer con el monstruo que ellos contribuyeron a crear. La criatura purulenta que existe fue su creación, ellos le quitaron lo poco que tenía al Estrado social y quisieron jugar a ser los buenos de la película con sus programas altruistas. Ellos quisieron controlar toda forma de comunicación y dejaron a la clase política sin lengua. Ellos se convirtieron en fiscales de la nación y dejaron a la Corte de Justicia sin materia de trabajo. Ellos son los voceros de la guerra en la que se metió la clase política pero, al mismo tiempo, son los lavadores de dinero. Ellos, ahora horrorizados, se preguntan: “¿y qué hacemos?” Y entonces recurren a intelectuales de bolsillo, los ideólogos del dinero, quienes con mucha sabiduría dan su veredicto: hay que crear una nueva clase política. El problema es que no va a ser tan sencillo separarse de ese animalejo.

Desde los Estados Unidos se está muy contento con la política seguida. La frontera sur de ese país se ha corrido hasta el Suchiate en lo que tiene que ver con la seguridad y la violencia. México es entendido como parte de su seguridad interna. Ellos son los que deciden a quién se detiene, cómo y cuándo. Abren y cierran el bitoque del narcotráfico y de la migración de acuerdo a sus intereses. Si la economía está en recesión lo cierran; pero cuando se inicia la recuperación y se requiere incrementar la tasa de beneficio por medio de un incremento de las tasas de explotación, lo abren.

Ellos han decidido que esa guerra se desarrolle fuera de sus fronteras normales. Es decir no van a arrasar Nueva York o Los Ángeles o San Francisco sino que prefieren que eso suceda en Apatzingan, Mier o Ciudad Juárez.

Treinta mil mexicanos muertos, miles de desaparecidos, miles de centroamericanos muertos y desaparecidos, decenas de miles en la cárcel sin que se hayan respetado sus garantías individuales, centenares de miles de mexicanos yendo hacia el país del norte. Decenas de miles de soldados desertando, miles de policías y soldados involucrados con las redes del narcotráfico. Miles de secuestros... Ése es el paisaje nacional. Así se pinta, desde arriba, el territorio nacional.

Pero toda esta política se ha realizado con costos sociales y políticos. Las viejas mediaciones han

desaparecido sin que se inventen nuevas desde el poder. Los pocos sindicatos que existen y que dicen representar los intereses de la clase trabajadora viven la peor crisis de su historia. En su ansia por incrementar las tasas de explotación, los patrones optan por los contratos de protección o por la subcontratación.

Los sindicatos, inútiles instrumentos de defensa de la clase trabajadora, sacan la conclusión de que es preferible agachar la cabeza y ver quién sobrevive. La inmensa mayoría de los trabajadores mexicanos, alrededor del 75 por ciento, sobrevive por fuera de los sindicatos.

Los partidos políticos que, en México, nunca representaron intereses de clase en particular, hoy son agencias de empleo en el proceso de selección al revés en el que se han convertido: no es el más apto el que se come al menos apto, sino que es el más tonto el que desplaza a los menos tontos. Simplemente hay que revisar las listas de diputados o echarle un vistazo a las direcciones de los partidos. Los viejos políticos han cedido su lugar a una clase política más joven que, a diferencia de sus antepasados, no tiene ni el menor atisbo de pasado histórico.

Por eso, en el caso del Partido Acción Nacional (PAN), Gustavo Madero, un político que se atropella con las palabras, cuyas ideas son más que limitadas, es ahora su presidente. O Humberto Moreira que presume de gran administrador a pesar de que en su mandato como gobernador de Coahuila —posición a la que renunció para ser candidato único a la presidencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI)— la población ocupada aumentó en 112 mil 841, de los cuales sólo 36 mil 29 (32 por ciento) fueron empleos formales. De esos empleos formales, 15 mil 304 (43 por ciento) pertenecen a empresas o negocios y 20 mil 574 (57 por ciento) a instituciones públicas administradas por el gobierno. Los empleos informales aumentaron en 72 mil 589. O el caso de Lázaro Cárdenas Batel, nominado como candidato único a la presidencia del Partido de la Revolución Democrática (PRD), que buscó esconderse en el consenso de su fracción parlamentaria para “justificar” su voto en contra de los pueblos indios, cuando era senador.

Direcciones políticas conformadas por ineptos que lo único que aseguran son los equilibrios internos, pero que no responden a los intereses populares.

Los medios de comunicación nos recetan anuncios comerciales como el de la Coca Cola, en el que Plácido Domingo enumera todas las potencialidades de una sociedad civil que, cuando el terremoto, tomó las calles en contra de la voluntad del Estado. La Coca Cola promotora de la mejor visión de la sociedad civil, no es sino un elemento más en la larga lista de aportaciones que los medios hacen para reducir al máximo al Estado y cantar las loas de la sociedad civil. En el fondo, la sociedad civil no importa. Lo que interesa es evidenciar a una iniciativa privada, la burguesía, como la clase con todas las virtudes, incluso la de reconocer y dar reconocimiento a las acciones de la población. Ellos tan limpios, tan guapas, tan buenos cantantes, tan buenos entrenadores de fútbol (ja), tan grandes jugadores (ja), ellos los que desde los medios de comunicación organizan el Teletón o el Juguetón. Ellos tan decentes, tan honrados, tan simpáticos. Ellos, el puñado de mexicanos que explota, despoja, desprecia y ordena que se reprima a la inmensa mayoría de los mexicanos.

En conclusión: lo que existe en México es un Estado penal de control, que ha sustituido al viejo Estado populista con brochazos sociales.



Efectivamente, el asunto no es generar educación para que México progrese por medio de la enseñanza, por eso, se ha incrementado como nunca el número de escuelas privadas, algunas de ellas confesionales. Tampoco se trata de generar salud; la privatización de la salud es un elemento incuestionable, incluido aquí el Seguro Popular. Lo que antes era obligación del Estado ahora solamente se puede obtener si se paga una mensualidad. Tampoco de generar vivienda o transporte, de lo que se trata es de entregarle a la ADO los transportes del Distrito Federal o vivir en un déficit de vivienda que cada vez es mayor. Mucho menos se trata de generar bienestar, de hecho, vivimos bajo el malestar permanente: o no hay agua, o no hay gas, o no hay electricidad, o la calidad de la enseñanza es cada vez peor. El malestar que se refleja también de manera sustancial en la inseguridad. Tanto dinero gastado, el incremento de 5 mil policías federales a más de 30 mil. Los mejores salarios para el ejército, la marina y la policía mientras los obreros ven cómo su salario va en picada... todo esto no ha significado seguridad.

El ciudadano pleno de derechos pasa a ser, con otros ciudadanos, un grupo expuesto a riesgos. La acción policiaca preventiva se convierte en prioridad política universal, pero esa acción preventiva no se desarrolla en contra de un grupo criminal sino en contra de los ciudadanos y los pobladores en general. Frente a los mil 400 menores asesinados en ésta su guerra, no hay mejor ocurrencia que bajar la edad penal a 14 años. El castigo como estrategia, la pena como doctrina. Castigo y pena frente a los jóvenes y niños de este país. No educación, salud, diversiones, deporte. No, castigo y pena.

Pero, finalmente, no se trata únicamente de esto, sino que se nos vende esta guerra como una confrontación entre el bien y el mal. El bien representado por este Estado penal de control, y el mal, toda la ciudadanía. Al absolutizarse la confrontación se absolutiza la insubordinación. Quien desconfie de los valores absolutos de esta confrontación es un enemigo del Estado penal de control y, por lo tanto, debe ser estigmatizado como lo han sido las doñas de Chihuahua madres de los asesinados, como lo han sido las madres de los niños de la guardería ABC, como lo fueron los dos jóvenes del Tecnológico de Monterrey, como lo son las comunidades indígenas zapatistas de Chiapas.



La organización, esa palabra mágica y misteriosa

“Pero con esa idea que nació, con esa organización totalmente se cambió, dio cuenta pues quiénes son los que están dominando, explotando, quiénes son los que están quitando la riqueza aquí en nuestro pueblo, aquí en nuestro estado, en nuestro país. Por esa razón se cambió la vida de los pueblos, nació una esperanza, una fe que sí se puede luchar, es un pueblo, tiene dignidad también el pueblo pues. Por esa razón también empezó a ser, a organizarse, así creció la organización, así se formó la organización de ese pueblo que sigue hasta ahorita pues que están luchando, así es la vida, a ver si me explico un poco”.

(RADIO INSURGENTE: ANTES Y AHORA: EL CALENDARIO SEGÚN LAS COMUNIDADES ZAPATISTAS. *REBELDÍA* 75)

En el número anterior de la revista publicamos una serie de entrevistas hechas por Radio Insurgente a compañer@s bases de apoyo zapatistas. Los compas hicieron tres preguntas: ¿cómo vivían antes?, ¿cómo después de que ya llegó la organización? y ¿cómo viven ahora?

La constante en las respuestas de l@s compas se ubica en la importancia de la organización. Lo que permitió la insurrección, lo que permitió la recuperación de las tierras, el echar a andar la producción con otra visión productiva y ecológica, lo que permitió la conformación de los municipios rebeldes y luego autónomos, lo que permitió el surgimiento de los Aguascalientes y luego de los Caracoles, lo que permitió la conformación de las Juntas de Buen Gobierno, lo que permitió la autonomía que ahora se goza, lo que permitió la construcción de nuevas relaciones sociales, lo que permitió... fue la organización.

Pero no cualquier organización, sino una en particular que tenía, desde mi punto de vista, los siguientes elementos claros:

a) Una organización que no estaba echa únicamente para buscar representar los intereses gremiales de los pueblos indios y campesinos. No se trataba de construir una organización gremial que se ubicara como la que lucha por precios de garantía, mejores insumos y fertilizantes. Se trataba de otro tipo de organización, aquella que leyó el significado profundo de las reformas del 27 constitucional, elaboradas por Carlos Salinas y apoyadas por casi todos los dirigentes, no tan sólo del viejo movimiento campesino sino también del nuevo, y que no eran otra cosa que una declaración de guerra contra el ejido y contra la propiedad colectiva de la tierra. Una declaración de guerra que significaba el fin del reparto agrario y el fin de la política asistencial al campo. Las organizaciones productivistas, de ese momento en adelante, tendrían como piso y como techo la relación con el Estado, y para mantenerla debían pasar por encima de los campesinos y pueblos indios, sin tierra o sin reconocimiento de la validez de sus títulos agrarios. Por eso desapareció mágicamente el reclamo del reparto agrario y todas las organizaciones campesinas se agolparon a las puertas del palacio legislativo para pedir mayor presupuesto para que fuera repartido a sus organizaciones, lo cual no significaba nada para el campesino de base que nunca veía nada de su pomposa organización productiva. El EZLN invitaba a los pueblos indios a luchar por otra cosa, no por su producción.

b) El EZLN se conformó con la claridad de que había que luchar por la liberación nacional, por lo tanto, ni es un ejército de liberación de los pueblos indios, ni es un ejército para liberar a Chiapas. La liberación nacional se convirtió, así, en una obsesión no de los cuadros militares del zapatismo, sino de todas las bases de apoyo. Ellos se levantaron en armas por la liberación nacional, luego luego pasó lo que pasó. El levantamiento de la sociedad civil permitió que, como dicen los compas, la moneda cayera de canto y entonces fue indispensable discutir en un tiempo récord cómo readaptarse a la nueva situación. Pero, a pesar de todas las fases por las que se ha pasado, a pesar de todo lo que se ha logrado y que podría ser visto como suficiente, más si se analiza cómo era el pasado, a pesar de todo esto, el concepto de la liberación nacional no se ha borrado de la conciencia de los pueblos zapatistas.

c) Se construyó una organización de tipo completamente diferente a las que existían. La decisión del qué hacer, sobre todo en los puntos esenciales, no estaba en manos de un pequeño grupo de cuadros militares, sino en el conjunto de los pueblos. Desde la decisión misma de la insurrección, ellos fueron los que tomaron el control de sus destinos. No había un grupo de vanguardia que transmitiera la conciencia desde afuera. La conciencia se adquirió, como se adquiere siempre en los grandes momentos históricos, por medio de una construcción propia, por medio de la autogeneración. Los pueblos indígenas zapatistas adquirieron esa conciencia basados en su experiencia propia. Su experiencia fue el motivo que permitió esa autogeneración, pero a un lado había un grupo de revolucionarios que tuvieron el valor de reconocer que esto era viable y entonces se convirtieron en su dinamizador.

d) Una organización que fue formada con base en la confianza en sus propias fuerzas y en las fuerzas del pueblo mexicano, en especial, de los pueblos indios. Que no delega en Estado o gobierno su poder de decisión. Que reclama para sí el derecho a ser sujeto de su historia. Que no añora un viejo Estado populista y hace de la lucha en contra del Estado neoliberal su principal eje de acción. Una organización independiente y autónoma de cualquier Estado, de cualquier partido político, de

cualquier poder. Que hace de ésa, su independencia y autonomía, su mayor carta de presentación.

e) Una organización que no entiende la autonomía como una palabra, sino como una práctica que se construye y se consolida todos los días. Todavía recuerdo cuánta gente se oponía a la decisión de los pueblos zapatistas de no recibir dinero del Estado, se pensaba que era imposible que aguantaran. Hoy, sin que haya autocritica de por medio, ya nadie pone en cuestión que las condiciones para que las comunidades zapatistas se valgan por sí mismas son claras. Pero el antecedente fundamental, la decisión dura pero tomada por todos, fue que era indispensable romper con la lógica de dominación del Estado y construir su autonomía. Ese es el hecho histórico fundamental y que no se repite en ningún lugar del mundo. Y eso no fue producto de un cerebro privilegiado, sino de la decisión a costa de muchos sacrificios que los pueblos zapatistas tomaron ellos mismos. Y eso solamente se explica a partir de la organización que ellos formaron y construyeron.

f) La organización logró también su éxito gracias a entender que por un lado está el ejército rebelde, que por otro los milicianos y que por otro las bases de apoyo y las comunidades. La responsabilidad de los cuadros militares para hacer un esfuerzo sobrehumano para no poner en riesgo a las comunidades a lo largo del conflicto ha sido verdaderamente loable. Por su parte, la capacidad de las comunidades para no darle la espalda a su ejército, ni siquiera en las peores condiciones, ha sido igualmente loable. Esa relación especial entre el ejército y las comunidades se repite en las formas de gobierno, en quién manda en la comunidad, en cómo se toman las decisiones, etcétera.

g) En esta organización no ha existido y no existirá una diferencia entre lo social y lo político. La idea de que lo político es un espacio reservado a los partidos políticos y lo social a las organizaciones sociales saltó en mil pedazos en esta organización. Lo político y lo social se miran de frente y encuentran que, en tanto organización de abajo y rebelde, no se acepta una política cosificada que le pertenece únicamente a una vanguardia, ni una cosificación de lo social que le pertenece a una casta de jefes y caudillos de las organizaciones sociales. La fusión



entre lo social y lo político permite la reapropiación de algo que nunca debió ceder la sociedad: es romper con el Estado político y acceder poco a poco al Estado Comunitario del que hablaba Carlos Marx en sus escritos de juventud.

Conclusión

Lo que buscamos es hacer una comparación entre la política de tierra arrasada del Estado penal de control y la construcción de una organización de una parte de la sociedad mexicana que nos conmina a decir “sí se puede”.

La devastación solamente será enfrentada con éxito con la organización. No forzosamente a imagen y semejanza del zapatismo, pero sí, quizá, con esos elementos metodológicos que hemos señalado.

En este sentido, ésa es la base de la cual se puede partir para construir organizaciones similares a la que en la Selva Lacandona se puso en pie.

No será fácil, pero, sin duda, frente a la terrible política que de arriba viene, es la condición mínima necesaria para poder enfrentar esa calamidad. Y eso no pasa por descubrir ahora que lo mejor es registrarse como Asociación Política Nacional,

sino romper con el IFE y con el conjunto de las instituciones del poder del Capital.

Se trata de construir una alternativa inéditamente subversiva que rompa con las formas tradicionales de la protesta social, que desafíe el castigo y la pena. Que rompa con el inmovilismo del temor y el miedo. Que desate la energía social, elemento básico para poder construir otras relaciones sociales. Que termine con este equilibrio inestable de la crisis del mando y la carencia de una alternativa de abajo.

La alternativa abajo ya surgió, ya tiene una base de sustentación, ya hay de dónde partir. Las Juntas de Buen Gobierno y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional anuncian lo nuevo, lo inédito, la ruptura y la construcción desde sus cenizas de un mundo donde la gente tenga en sus manos el control de sus destinos.

Si el 2010 será recordado como el año de la crisis de dominio, el 2011 deberá ser el de la construcción de organización por todo el país.

La aparente racionalidad del sistema capitalista ha caído en una pura irracionalidad. El reto es importante, crear zonas o tendencias anticapitalistas como mecanismo inicial de organización es, hoy por hoy, la tarea básica para liberarnos de ese terrible yugo.